

# Introducción a las teorías keynesianas y poskeynesianas del mercado de trabajo

Patricio Narodowsky

Estudiar a Keynes y, sobre todo, enseñarlo es tal vez más difícil que hacerlo con el propio Marx y más difícil aún en las universidades de la Argentina, donde hasta mediados de los años ochenta con pocas excepciones, la economía keynesiana era la que surgía de los manuales de macroeconomía de orientación neoclásica. ¿A qué debemos atribuir esta dificultad?

En primer lugar, como ha sucedido con muchos otros “clásicos”, la dificultad puede explicarse debido a que existen contradicciones entre las obras del mismo autor, incluso, entre diversas páginas de la misma obra, en este caso, la *Teoría General* (TG).

Pero ése no es el problema fundamental. La cuestión central es el éxito de una idea que ya contaba con adeptos en la década de 1920: que la persistencia del desempleo podía ser consecuencia de una insuficiencia de la demanda y que la solución era –tal cual ya había probado la política de Bismark– asegurar en el corto plazo, con la intervención del gobierno, niveles deseables para dicha demanda y así reactivar el sistema.

Es con Keynes que esta idea asume rango de paradigma entre los economistas, pero fundamentalmente se transforma en la base de la relación económica entre la sociedad y el Estado. El debate económico –en particular el relacionado con la política económica– se realiza fundamentalmente dentro del “mundo keynesiano”, y de ahí la gran cantidad de interpretaciones que surgen durante la posguerra.

Antes de que el mundo pudiese discutir cuánto de heterodoxa tenía la teoría de Keynes, en una operación realmente admirable, la teoría neoclásica impuso la demostración de que la TG se ocupaba sólo de un caso particular; sobre todo intervinieron Hicks en 1937 y, años más tarde, Modigliani. A partir de ellos, el nuevo dogma sostuvo que la persistencia del desempleo involuntario debía explicarse por circunstancias específicas: cuando la demanda de inversión es insensible a la tasa de interés, en el caso de la trampa de liquidez y cuando los salarios son rígidos a la baja debido, entre otras causas, a que los trabajadores sufren de ilusión monetaria o por la acción de los sindicatos.

Pigou, contemporáneamente a Keynes, argumentó que las dos primeras condiciones (causas de la caída de la demanda agregada por debajo del nivel de pleno empleo) se neutralizarían con la caída del nivel general de precios, ya que el valor real de los balances aumentaría, que provocaría un efecto riqueza que incrementaría la demanda de consumo; sólo se plantea la posibilidad de la acción gubernamental para

incentivar la demanda agregada como medida de corto plazo alternativa al efecto saldos reales. La única condición que permanece, desde la perspectiva de Pigou, es la tercera; el desempleo persistente se explica sólo por la rigidez de los salarios nominales.

Para llegar a esta conclusión, la teoría neoclásica supone que es posible agregar las conductas individuales consideradas racionales y que los mercados, salvo en los casos analizados, funcionan perfectamente. Por lo tanto, las expectativas se traducen en precios y tasa de interés (supuesto que incide especialmente en la explicación acerca del comportamiento de la inversión). En Keynes, según esta interpretación, la incertidumbre no impide, por lo menos, asignar probabilidades, y la propensión a consumir es única y constante, aunque Keynes mencione algunas causas subjetivas. Siempre según la interpretación neoclásica, en el largo plazo se alcanza un estado estacionario donde las variables se encuentran en sus valores de equilibrio. En este contexto, las instituciones se ven como barreras que no permiten alcanzar el equilibrio

Sin embargo, si tratamos de indagar las proposiciones neoclásicas mencionadas en la TG, llegaremos a la misma conclusión de Leijonhufvud: es difícil encontrar dónde dice que el problema es la trampa de liquidez o que el escollo sólo aparece cuando la inversión es inelástica respecto de la tasa de interés. En el lugar de la función de inversión de la síntesis neoclásica, encontramos el concepto de eficacia marginal del capital, mucho más complejo y de final abierto. En el lugar del exclusivo problema de la rigidez de los salarios, en la TG aparece claramente el nivel de ocupación ligado a la demanda efectiva, y ésta a la propensión a consumir, a la eficiencia marginal del capital y la tasa de interés. Para Keynes, las consecuencias de una modificación en los salarios nominales son, sobre todo, complicadas.

Mucho se podía y puede discutir cuán keynesiana era la síntesis neoclásica, pero el operativo fue rápido y estaba muy bien respaldado.

Increíblemente, quedaron relegados a un segundo plano algunos de los mejores discípulos del mismo Keynes, que dedicaron esos años a generalizar las ideas heterodoxas de Cambridge: son Joan Robinson, Richard Khan y Nicholas Kaldor, considerados hoy los fundadores de la actual escuela de los llamados poskeynesianos. Marc Lavoie define al grupo por su enfrentamiento a la síntesis neoclásica. Agregaremos aquí que ese enfrentamiento se organizó en torno a la crítica de la idea general del marginalismo y la competencia perfecta.

Luego aparece una "segunda generación de poskeynesianos" entre los cuales sobresalen Minsky y Davidson. Una definición más amplia, que incluye a neorricardianos como Sraffa y Garegnani, es la de "pensamiento posclásico".

Surge, con una riqueza enorme, una interpretación en la que la TG es el inicio de un amplio debate que incluye desde el significado mismo del concepto de capital, la formación de los precios y el concepto de *mark-up*, los problemas de la formación de las expectativas, es decir, la cuestión de la racionalidad y, dentro de éste, el de la incertidumbre como un estado esencial del sistema. También aparece la necesidad de

pasar a un enfoque holista en el que los individuos influyen y son influenciados por el ambiente en el que actúan. Para todo se cita a Keynes, y a veces se extreman algunos de sus postulados.

En lo que se refiere al mercado de trabajo, aparece entre los autores poskeynesianos una interpretación de la demanda agregada de trabajo como la consecuencia de una serie de factores vinculados a la demanda efectiva: la distribución del ingreso, la propensión a ahorrar entre las distintas clases, los diferentes efectos ingreso.

Para definir la oferta de trabajo es importante la relación entre las decisiones de trabajar y las decisiones de consumir, lo cual hace extremadamente sistémico el análisis. En fin, el desempleo puede existir aun con salarios totalmente flexibles y explicar por qué sucede este fenómeno es muy difícil.

Es necesario resaltar que en este enfoque hay intentos serios de establecer desde otra perspectiva todas las funciones micro que forman el sistema macroeconómico. Existe una discusión sobre los supuestos y a la vez un intento de lograr otra macro; un esfuerzo enorme, que creció a la sombra, pero con fuerza, y representa una lógica que vale la pena ser estudiada, sobre todo para pensar en profundidad los ciclos económicos. Luego, el debate se ampliaría aún más con otros enfoques (fundamentalmente los nuevos keynesianos), generalmente propensos a volver a las rigideces como explicación central de la crisis.

Es decir, cada vez la discusión dentro del “mundo keynesiano” se complicaba más en el nivel mundial: en los ochenta, en las reuniones anuales de poskeynesianos y neoricardianos, había académicos de más de veinte países. Pero en la Argentina se seguía enseñando la microeconomía tradicional. Recién a mediados de los años noventa, en algunas universidades y sobre todo en los cursos avanzados, aparece una buena cantidad de profesores que intentan transmitir a los alumnos la complejidad del debate. Sin embargo, muchos de los que lo hacemos nos encontramos sin materiales y, además, debemos reconocerlo, sin la actualización necesaria y sin la especificidad en el análisis de cada mercado.

Los autores, investigadores del CEIL-PIETTE, graduados de la UNLP y hoy profesores, incursionan en esta discusión en lo que respecta al mercado laboral y demuestran conocerla a fondo: manejan las distintas posiciones con gran soltura, discuten los supuestos teóricos y se mueven fácilmente con las herramientas abstractas. Por eso la lectura del libro permite obtener interesantes conclusiones y un mapa de los mencionados intentos de microfundación más allá de los modelos macroeconómicos tradicionales.

En cuanto al modo de abordar el tema, es interesante que hayan comenzado por hacer una lectura propia de Keynes, participar directamente, con compromiso, del debate. En el capítulo referido directamente a Keynes, en efecto, se tiene una visión completa del pensamiento analizado. El enfoque es importante en la medida en que, antes de entrar en la problemática del trabajo, toca todos los elementos centrales de la teoría. La conclusión en torno a la idea de que de Keynes no tenía en mente la noción neoclásica de mercado de trabajo, es desafiante y está bien fundamentada. Se

trata de un capítulo que será muy útil como material de apoyo para la lectura de la TG.

En el caso del capítulo poskeynesiano, debe tenerse en cuenta que el trabajo realizado sirve más allá del mercado laboral, pues permite entender el enfoque como un todo. Justamente se aborda la cuestión de la incertidumbre y las instituciones; a partir de esta discusión “epistemológica”, se analiza la versión poskeynesiana de la teoría de la moneda, los precios y la distribución del ingreso. Se trabaja el mercado laboral en el corto plazo: primero el modelo de Weintraub, de 1956, un aporte de Robinson algo posterior, la innovación de Appelbaum en los años ochenta y el retorno de Davidson a Weintraub, menos kaleckiano que Appelbaum, aunque llegue a algunas conclusiones similares.

Pero según mi criterio, es muy interesante la exposición de los modelos de largo plazo. En todo el capítulo es sumamente esclarecedora la refinada descripción de los modelos y del debate en el interior del grupo.

El esfuerzo ha sido enorme, el resultado muy positivo. Quedan para más adelante las discusiones sobre la importancia de cada aporte, sus ventajas y desventajas. Se discutirá si es más importante que sean fieles a Keynes o que reflejen la realidad lo mejor posible. También se debatirá si tal diagnóstico o tal política es keynesiana, poskeynesiana, neokeynesiana o “neoliberal”. Ojalá sirva para el debate. Ojalá el debate, aunque desde el humilde lugar de la academia, sirva para formular políticas de empleo con otro alcance y que las políticas contribuyan al desarrollo y al bienestar de la gente.

# La teoría general del empleo según J. M. Keynes

Pablo E. Perez\*

Julio Cesar Neffa\*\*

Los teóricos clásicos se asemejan a los geómetras euclidianos en un mundo no euclidiano, quienes al descubrir que en la realidad las líneas aparentemente paralelas se encuentran con frecuencia, las critican por no conservarse derechas [...] No obstante, no hay más remedio que tirar por la borda el axioma de las paralelas y elaborar una geometría no euclidiana.

(KEYNES, 1970: 26)

## 1. Introducción

Luego de la crisis de los años setenta, cuando las políticas de inspiración keynesiana fueron fuertemente cuestionadas, hubo muchos intentos de visitar la obra del autor. En nuestros días, existen fuertes tensiones entre los economistas que se proclaman “keynesianos” y aquellos que partiendo de su enfoque teórico tratan de compatibilizar sus ideas con el paradigma teórico dominante.

Por esa causa en este capítulo no se tratará de reinterpretar su aporte; nos limitaremos a recorrer de manera ordenada el desarrollo de su pensamiento, tomando como eje *la teoría general*, prescindiendo de sus escritos anteriores y de las opiniones de aquellos que se refieren a él posteriormente y se denominan nuevos keynesianos, neokeynesianos o poskeynesianos, desarrollados en otros capítulos.

Keynes escribió numerosos libros durante su vida; sin embargo, *La teoría general del empleo, el interés y el dinero* contiene la esencia de su contribución a la teoría económica. El propósito principal del libro es explicar lo que determina el volumen

\* Licenciado en Economía y magister en Finanzas Públicas, profesor adjunto en la Facultad de Ciencias Económicas de la UNLP e investigador asistente del CONICET.

\*\* Doctor en Economía del Trabajo (Universidad de París I). Profesor en las universidades nacionales de La Plata y Buenos Aires. Investigador superior del CONICET y *chargé de recherches* del CNRS. Director del CEIL-PIETTE del CONICET. Este texto es el resultado de un trabajo en equipo, a partir de comentarios y críticas de un comité de lectura formado por Julieta Albano, Manuel I. Calderóm, Mariano Feliz, Ramiro López Ghio, Demian T. Panigo y Fernando Toledo a una primera versión de los autores. Sus aportes fueron valiosos para la redacción final.

de empleo en un momento dado, ya sea el empleo pleno, el desempleo amplio o algún nivel intermedio. Es decir, busca demostrar por qué el sistema económico capitalista puede alcanzar el equilibrio macroeconómico en posiciones donde no hay plena utilización de la mano de obra y de los recursos productivos.

La *teoría general* de Keynes se construyó a partir de una crítica parcial de la teoría que calificará como “clásica” (denominación que posteriormente se cambiará por neoclásica) del mercado de trabajo, porque según él, en materia de empleo se aplicaría solamente a un caso particular de su teoría general. La teoría “clásica” supondría que en el sistema económico, debido al juego de las leyes de la oferta y la demanda, hay una tendencia hacia el pleno empleo, supuesto que Keynes cuestiona.

Pigou (uno de los principales exponentes del pensamiento neoclásico) culpa a la ausencia de flexibilidad de los salarios del desempleo masivo. La solución al desempleo, tal como surge del marco teórico neoclásico, pasa por la disminución de los salarios reales, lo cual supone una reducción generalizada de los salarios nominales acompañada por una disminución menos que proporcional de los precios.

Contrariamente, Keynes intenta demostrar que la situación normal de la economía capitalista es de un nivel de actividad económica fluctuante, lo cual incluye situaciones que van desde el pleno empleo hasta el desempleo masivo, y la existencia de algún nivel de desempleo es la norma en la mayoría de las economías desarrolladas.

Otro punto básico en su teoría es el hecho de que si bien el desempleo es característico de las economías capitalistas, no es inevitable. Según D. Dillard (1948), en la teoría de Keynes el empleo fluctúa, ante todo, porque fluctúa la inversión. El desempleo se origina principalmente por una insuficiencia de inversión. Por lo tanto, si esta variable puede someterse a intervención, también puede serlo el empleo total; y si averiguamos cuál es la causa de que la inversión fluctúe y se encuentre característicamente por debajo del nivel necesario para asegurar el pleno empleo, obtendremos la clave para la comprensión de la teoría general del empleo de Keynes.

Para Dillard, Keynes descubrió la naturaleza de la moneda como institución central del capitalismo moderno, integrando la moneda en la teoría económica general, la cual no ocupaba un lugar preponderante entre los economistas clásicos y neoclásicos.

El tema del desempleo tampoco había ocupado mucho espacio en la teoría económica ortodoxa, que era antes que nada una teoría de la producción y de la distribución del producto. Fue Keynes quien introdujo la noción de desempleo involuntario y postuló que el producto global era una variable susceptible de ser modificada.

Finalmente, es interesante destacar el hecho de que Keynes no considera la existencia de un mercado de trabajo en el sentido clásico, por lo cual hablar de oferta y demanda de trabajo no tiene mucho sentido en el sistema teórico keynesiano. Por ello es que para comprender cómo se determina el nivel de empleo y salarios en la teoría keynesiana, es necesario introducir varios conceptos generales que, como veremos, se encuentran fuertemente relacionados.

### *El contexto histórico en que escribe Keynes*

Keynes escribe la *Teoría general* durante el período de la gran depresión que se registró entre las dos guerras mundiales.

La crisis se inició (o se manifiesta) en primer lugar en los Estados Unidos con el *crack* de la Bolsa de Nueva York en octubre de 1929 y tuvo una generalidad y profundidad desconocidas hasta ese momento.<sup>1</sup> La depresión generó la acumulación de mercancías por falta de compradores, lo que determinó un descenso en los niveles de producción y consecuentemente una baja en la cantidad de trabajadores necesarios, por lo tanto, un desempleo masivo, menores ingresos para las familias y menor consumo de mercancías, lo que retroalimentó la crisis. Además, la incontenible deflación de precios provocó una gran cantidad de quiebras en la industria, el comercio y la agricultura.

La crisis desatada en los Estados Unidos se expande al resto del mundo principalmente por ser este país el principal exportador y, después de Gran Bretaña, el primer importador mundial. Además, luego de la Primera Guerra, los Estados Unidos se consolida como primer productor mundial y pasa de ser deudor (al comenzar la guerra) a ser principal acreedor del resto del mundo, principalmente por las deudas de guerra de los aliados con los Estados Unidos.

Para el hombre común, la principal consecuencia de la depresión fue el desempleo masivo (sin precedentes hasta ese entonces y por mucho tiempo). En los peores momentos de la crisis (1932-1933), los índices de desempleo se situaron en el 22-23% en Gran Bretaña y Bélgica, 24% en Suecia, 27% en los Estados Unidos, 29% en Austria, 31% en Noruega, 32% en Dinamarca y no menos de 44% en Alemania (Hobsbawm, 1996).

Ante esta situación, la propuesta de la economía clásica era dejar que el mercado actuara libremente.<sup>2</sup> Según Galbraith (1991), un rasgo del sistema clásico es la ausencia de una teoría sobre las depresiones económicas, dado que el equilibrio al cual se ajusta la economía se basa en el pleno empleo, resultado al cual conducen inevitablemente los cambios en materia de salarios y precios. De allí el autor desprende una consecuencia obvia: “no puede haber remedio para la depresión si ésta se halla excluida por la teoría”.

En palabras de Hobsbawm (1996), “la economía capitalista mundial pareció derrumbarse en el período entre guerras y nadie sabía cómo podría recuperarse [...]. Lo

<sup>1</sup> Hobsbawm (1996) postula que las raíces del problema eran estrictamente europeas y su origen fundamentalmente político, producto de los onerosos pagos que se habían impuesto a Alemania en la conferencia de paz de Versalles (1919) en concepto de reparaciones por el costo de la guerra y los daños ocasionados a las diferentes potencias vencedoras.

<sup>2</sup> Dos de los principales economistas clásicos de la época, Joseph Schumpeter (Harvard) y Lionel Robbins (London School of Economics) propusieron que la depresión debía seguir libremente su curso, única forma en que llegaría a curarse de forma espontánea (Galbraith, 1991).

novedoso era que, probablemente por primera vez en la historia del capitalismo, sus fluctuaciones parecían poner realmente en peligro al sistema. Más aún, en importantes aspectos parecía interrumpirse su curva secular ascendente”.

Hasta marzo de 1933, la política de los Estados Unidos siguió las prescripciones del sistema neoclásico, situación que cambia con la asunción de Roosevelt y la implementación del New Deal. La nueva legislación incluía subvenciones a los Estados con destino a la previsión social, indemnizaciones por desempleo y pensiones a la vejez. Luego vendrían el seguro de salud, la asistencia para familias con hijos a su cargo, vivienda para familias de bajos ingresos, subsidios de vivienda, formación profesional y otras prestaciones para los más necesitados. Según Galbraith (1991), uno de los fenómenos más relevantes que se produjeron en los Estados Unidos como respuesta a la gran depresión fue el surgimiento del Estado de bienestar.

Sin embargo, el origen del Estado de bienestar puede situarse al menos medio siglo antes –en la década de 1880– en la Alemania del canciller Von Bismark. Los economistas alemanes –contrariamente a la escuela austríaca– no seguían la tradición clásica y consideraban al Estado como una institución competente, benéfica y prestigiosa. En esa década había fallecido Carlos Marx, sus ideas se difundían rápidamente en el medio académico y dentro de los primeros sindicatos (uniones y sociedades de resistencia). El principal temor generado en esa época dentro de las clases dominantes y del estado lo constituía el crecimiento de las ideas revolucionarias dentro de la clase obrera industrial. De esta manera, el canciller Bismark trataba de apaciguar las reacciones frente a las brutales consecuencias sociales del capitalismo industrial, implementando seguros en previsión de accidentes, enfermedades, ancianidad e invalidez.

Veinte años después de la iniciativa tomada por Bismark, Gran Bretaña –con Lloyd George como ministro de hacienda– adopta leyes por las que se implantan seguros oficiales de invalidez y posteriormente contra el desempleo, que superan en proporciones a las de su antecesor.

En Suecia, influidos por las ideas de Knut Wicksell, se pensaba que el presupuesto debía mantenerse en equilibrio durante épocas normales pero en depresión convenía desequilibrarlo de manera de sostener la demanda y el empleo. Esto explica el surgimiento de un sector de cooperativas agrarias y de consumo y un destacado sistema de bienestar social.<sup>3</sup>

Hitler, al tomar el poder en 1933, realizó programas de obras públicas sin hacer caso a las recomendaciones que se le hacían para que limitara el gasto de los ingresos públicos, financiándolos mediante el déficit. De esta manera, la economía alemana pudo recuperarse de su caída devastadora, y ya en 1936 había eliminado en gran medida el problema del desempleo (Galbraith, 1991).

En los Estados Unidos, entre los precursores de esta nueva corriente de pensamiento en cuanto al papel del Estado, se encontraban William T. Foster y Waddill

<sup>3</sup> Si bien la barrera lingüística impidió la difusión de este modelo durante mucho tiempo, Suecia llegó a ser considerada la vía intermedia entre el capitalismo ortodoxo y el socialismo / comunismo.



Catchings, quienes reclamaban –ya en 1920– la intervención del Estado para apoyar y reforzar la demanda. Sin embargo, no fueron reconocidos por la ortodoxia económica y fueron citados como exponentes de un error popular y superficial. Es por ello que se dice que hubo keynesianos antes de Keynes.

¿Por qué entonces aparece Keynes como el gran innovador?

Su influencia provino en gran parte de sus antecedentes, reputación y prestigio personales. En palabras de Galbraith (1991): “es muy posible que si la *Teoría general* hubiese sido obra de otro autor carente de dichas calificaciones, se habría perdido de vista sin dejar rastros”.

Además, sus ideas tuvieron inmediata aceptación por la incapacidad de la economía clásica para resolver el problema y porque les dieron sustento teórico a las políticas que ya se venían realizando. La economía keynesiana no sería considerada durante largo tiempo como un acto inspirado por el saber en materia económica, sino como una racionalización refinada de lo que había resultado a todas luces políticamente inevitable (Galbraith, 1991).

## *2. El cuestionamiento del laissez faire y de la economía “clásica”*

### *El cuestionamiento del laissez faire*

Keynes destaca el cambio ocurrido en la economía inglesa entre el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, pasando desde la posición de país dominante a la de un “viejo país industrial”. Para él, las políticas de *laissez faire* que habían tenido éxito en el siglo XIX no tenían en el siglo XX las mismas virtudes, debido a la nueva situación internacional de Gran Bretaña y a la mayor presencia y poder de los sindicatos, que generaban fuertes resistencias para que bajaran los salarios monetarios.

Es decir que para Keynes, la política de *laissez faire* tuvo éxito durante el siglo XIX no en razón de sus propias virtudes, sino como consecuencia de la situación particular de Gran Bretaña (De Brunhoff, 1985).

Dado que Keynes busca exponer una nueva teoría del empleo, parte de una crítica hacia la teoría clásica del empleo y la determinación de salarios. En primer lugar, critica la ley de Say, según la cual “toda oferta crea su propia demanda”, la cual toma como punto de partida de los errores que conciernen al ahorro, la tasa de interés, la teoría clásica de la desocupación, la teoría cuantitativa del dinero y las ventajas ilimitadas del *laissez faire* en el comercio internacional.

En la *Teoría general*, Keynes ataca principalmente el postulado de que existe un ajuste automático del mercado de trabajo prevaleciente en ese momento, principalmente la teoría representada por A. C. Pigou, a la que considera “la única descripción detallada que existe de la teoría clásica de la ocupación”.

En su *Teoría del desempleo*, A. C. Pigou (1933) había señalado que el sistema se orienta automáticamente hacia la ocupación plena, ya que los salarios tienden a relacionarse con el nivel de la demanda de manera que todos encuentren finalmente

empleo. En consecuencia, una fluctuación en la demanda origina fluctuaciones en la ocupación debido a que las tasas de salarios no son lo suficientemente flexibles. En su libro *Industrial Fluctuations* (1927), había manifestado que una política completamente flexible de salarios aboliría totalmente las fluctuaciones en la ocupación.

Pigou distingue entre el *estado* de la demanda y sus cambios, y consideraba que los cambios en la demanda y no su estado eran importantes en lo referente al volumen de ocupación: “La desocupación tal como existe en cualquier momento es debida íntegramente al hecho de que las condiciones de la demanda están cambiando continuamente y que las resistencias friccionales impiden que los ajustes apropiados en los salarios se hagan instantáneamente” (Pigou, 1933).

Contrariamente, argumentaba que cualquiera sea el estado de la demanda, siempre habría –vía ajuste de salarios–, una tendencia hacia la ocupación plena. Así, un estado específico de la demanda parece ser tan bueno como cualquier otro, de manera que “si esta conclusión es aceptada, se sigue de ahí que las políticas gubernamentales a largo plazo que [...] hacen del estado de la demanda de mano de obra permanentemente mejor o peor de lo que sería en otras condiciones, no son, una vez establecidas, ni causas ni remedios de la desocupación” (Pigou, 1933).

Esta teoría del ajuste automático representada por Pigou es la que Keynes ataca en su *Teoría general*.

### *Crítica a los postulados “clásicos”*

Keynes plantea que la teoría “clásica” de la ocupación descansa en dos postulados fundamentales, que son los que indican las curvas de demanda (el primero) y oferta (el segundo) de ocupación.

- 1) *El salario (real) es igual al producto marginal del trabajo.*
- 2) *La utilidad del salario (el salario real) es igual a la desutilidad<sup>4</sup> marginal del trabajo.*

Mientras acepta el primer postulado, plantea objeciones contra el segundo.

Respecto del primer postulado, reconoce que suponiendo fijos la organización, el equipo y la técnica, el producto marginal del trabajo disminuye a medida que la ocupación aumenta como consecuencia de la ley de productividad marginal decreciente. De esta manera, si la industria tiene rendimientos decrecientes (costos marginales crecientes), los salarios reales deben disminuir cuando la ocupación aumenta.

Siguiendo sus palabras, esto significa que “los salarios reales y el volumen de producción (y por consiguiente el empleo) están relacionados de una sola forma, de tal manera que un aumento de la ocupación sólo puede ocurrir acompañado de un descenso en la tasa de salarios reales” (Keynes, 1970).

<sup>4</sup> Keynes plantea que por desutilidad debe entenderse “cualquier motivo que induzca a un hombre a abstenerse de trabajar antes que aceptar un salario que represente para él una utilidad inferior a cierto límite”. El concepto está asociado a la valoración que el trabajador hace de su ocio. Alternativamente, el trabajador debe escoger entre trabajar, lo cual provoca desutilidad pero a cambio obtiene un salario, o descansar.

Sin embargo, siguiendo esta relación, parecería apuntarse a que la desocupación se origina en la resistencia de los trabajadores a aceptar un salario real que corresponda a su productividad marginal, lo cual es diferente al planteo de Keynes. Su análisis indica que es la demanda global la que determina el nivel de ocupación y la ocupación la que determina el producto marginal (y el salario real), pero no a la inversa. O sea que la ocupación no aumenta reduciendo los salarios reales, sino que ocurre lo contrario: los salarios reales disminuyen porque la ocupación ha aumentado, debido a un incremento en la demanda (Hansen, 1962). Es decir que para Keynes, la teoría clásica es adecuada para determinar la tasa de salario real, pero dado el volumen de ocupación (determinado por la demanda).

Respecto del segundo postulado, Keynes niega su validez, cuestionando la idea prevaleciente de que el salario real existente es un mínimo por debajo del cual no puede contarse con más trabajo que el empleado en la actualidad. De ser así, la desocupación sería “voluntaria”, ya que sería producto de que los trabajadores no quieren trabajar por un salario menor; y en caso de una reducción en el nivel de salarios existente, parte de la mano de obra se retiraría del mercado.

Específicamente, postula dos objeciones. En primer lugar, observando la conducta de los obreros sugiere que lo que los obreros reclaman es un mínimo de salario nominal y no de salario real, ya que si bien los trabajadores se oponían a una reducción del salario real provocada por una baja del salario nominal, no reaccionaban de la misma manera cuando ese deterioro se provocaba por el aumento de los precios de los bienes de la canasta familiar: “si bien los trabajadores suelen resistirse a una reducción en su salario nominal, no acostumbran a abandonar su trabajo cuando suben los precios de las mercancías para asalariados” (Keynes, 1970).

Mientras algunos autores hablan de que los asalariados son víctimas de una “*ilusión monetaria*” al no distinguir entre salarios reales y nominales, otros argumentan que el concepto de ilusión monetaria implica la negación de la esencia del desempleo involuntario, ya que vuelve a ubicar la responsabilidad del desempleo en la oferta: ya no es culpa de que los trabajadores no aceptan salarios reales menores, sino que efectúan un cálculo erróneo porque no distinguen entre magnitudes reales y monetarias (Carciofi, 1986).

Keynes no considera esta conducta como errónea o irrazonable, sino que explica que la lucha por los salarios nominales tiene una finalidad diferente a la determinación del salario real, que es la protección *relativa* del salario real frente a otros grupos de trabajadores; mientras, contrariamente, sería imposible oponerse a una reducción de los salarios reales de todos los trabajadores debido a un cambio en el poder adquisitivo del dinero: en síntesis, cuestiona el andamiaje teórico de la escuela clásica al no cumplirse uno de sus postulados esenciales:

si la oferta de mano de obra no es función del salario real como su única variable, su argumento (de la escuela clásica) se derrumba enteramente y deja el problema de que la ocupación será muy indeterminada. Los autores de esta escuela no parecen haberse dado cuenta de que su curva de oferta de mano de obra se desplazará con cada movimiento de los

precios, a menos que tal oferta sea función dependiente sólo del salario real (Keynes, 1970).

La segunda objeción cuestiona la idea de que los salarios reales de los trabajadores son determinados por los contratos que éstos celebran con los empresarios, de manera que los trabajadores tienen siempre la posibilidad de reducir su salario real, aceptando una reducción en el salario nominal (y de esta manera hacer coincidir su salario real con la desutilidad marginal del trabajo). Para Keynes,

la escuela clásica cae en una hipótesis ilícita, porque los obreros en su conjunto no pueden disponer de un medio que les permita hacer coincidir el equivalente del nivel general de los salarios nominales en artículos para asalariados (salarios reales) con la desutilidad marginal del volumen de ocupación existente. Es posible que no exista un procedimiento para que el trabajador pueda reducir su salario real a una cantidad determinada revisando los convenios monetarios con los empresarios (Keynes, 1970).

### 3. *El desempleo involuntario*

Los postulados clásicos son compatibles con la *desocupación friccional*, debida, por ejemplo, a intermitencias en la demanda, tiempos de búsqueda entre una y otra ocupación, etcétera, y además compatible con la *desocupación voluntaria*, es decir la imposibilidad de un trabajador de aceptar una remuneración correspondiente al valor del producto atribuible a su productividad marginal por causa de la legislación, las prácticas sociales, de la lentitud para adaptarse a los cambios económicos o simplemente como “consecuencia de la obstinación humana”. Keynes describe a este estado de cosas como de “ocupación plena”.

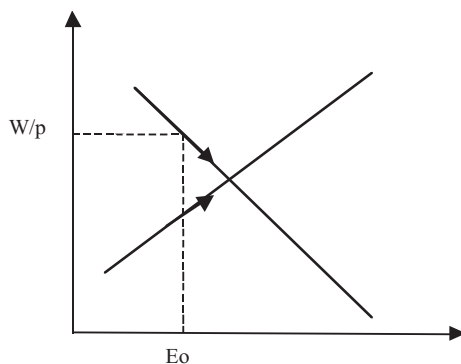
Según Keynes, los postulados clásicos admiten estas dos clases de desocupación, pero no una tercera que llama *desocupación involuntaria* y define de la siguiente manera:

Los hombres se encuentran involuntariamente sin empleo cuando, en caso de que se produzca una pequeña alza en el precio de los artículos para asalariados, en relación con el salario nominal (o sea disminuye el salario real) tanto la oferta total de mano de obra dispuesta a trabajar por el salario nominal corriente como la demanda total de la misma a dicho salario son mayores que el volumen de ocupación existente (Keynes, 1970, cap. 2).

En otras palabras, en un determinado nivel de salarios vigente (aún con disminución en los salarios reales) hay personas que quieren trabajar y no consiguen empleo; mientras que –de acuerdo con la teoría neoclásica– al disminuir los salarios reales el volumen de empleo aumentaría necesariamente (la demanda de fuerza de trabajo sería mayor).

Esta definición se basa en negar el segundo postulado, o sea en la desigualdad entre salario real y la desutilidad marginal del trabajo (determinada –entre otras

cosas— por la preferencia por el ocio). Carciofi (1986) grafica esta situación como sigue:



El nivel de empleo ( $E_0$ ) está fijado por el nivel de la demanda. En ese nivel de demanda, se produce desempleo involuntario porque el salario real ( $w/p$ ) es mayor (y no igual) a la desutilidad marginal del trabajo. Ante una baja en el salario real producida por un aumento en los bienes salario, aumentan (respecto de  $E_0$ ) tanto la oferta de mano de obra dispuesta a trabajar como su demanda (en el sentido de las flechas).

El desempleo involuntario sería generado por una demanda efectiva insuficiente como para requerir un volumen de producción que necesite el pleno empleo de la mano de obra disponible:

la simple existencia de una demanda efectiva insuficiente puede, y a menudo hará, que el aumento de ocupación se detenga antes que haya sido alcanzado el nivel de ocupación plena. La insuficiencia de la demanda efectiva frenará el proceso de la producción aunque el producto marginal de la mano de obra exceda todavía en valor a la desutilidad marginal de la ocupación (Keynes, 1970, cap. 3).

Como afirma Dillard (1985), el desempleo no se debe entonces, como sostenían los neoclásicos, a un problema de mal funcionamiento del mercado de trabajo (las fallas de mercado), sino que es un desequilibrio propio del sistema económico que no consigue espontáneamente elevar la producción a un nivel tal que permita el pleno empleo de los recursos. De esta manera, el desempleo involuntario se caracteriza por una situación donde existe una mano de obra desempleada, pero deseosa de trabajar y busca emplearse incluso por un nivel de salario inferior a la tasa de salarios vigentes. Algunos individuos podrían quedar desempleados no como consecuencia de su negativa a ofrecer sus servicios a las tasas de salario existente, sino por la imposibilidad de encontrar alguien que los emplee en razón de una insuficiencia de la demanda efectiva (Malinvaud, 1983).

Esta opinión se encontraba en contradicción con la concepción neoclásica, tanto en el nivel de la articulación entre mercados como por la definición de las ofertas y demandas que se encuentren confrontadas. Para la teoría neoclásica, es en el mercado de trabajo donde se determinan el precio real del trabajo y el nivel de empleo. Según Keynes, la situación del mercado de trabajo depende directamente de la situación que prevalece en el mercado de bienes y en el de la moneda, debido a la aplicación del principio de la demanda efectiva. Por ello, la secuencia neoclásica de los procesos se invierte y Keynes afirma que “es la propensión a consumir y el monto de las nuevas inversiones lo que determina conjuntamente el volumen de empleo, y es el volumen de empleo lo que determina de manera única el nivel de los salarios reales, y no la inversa” (Keynes, 1970, cap. 19)

De esta manera, inversamente al pensamiento neoclásico, Keynes afirmaba que la baja en los salarios nominales no era solución al desempleo, sino que, contrariamente aumentaría el desempleo involuntario, pues al disminuir la demanda efectiva, también disminuiría la producción y consecuentemente la demanda de fuerza de trabajo.

#### *4. El dinero y el interés en la teoría del empleo keynesiana*

Keynes era un especialista en teoría monetaria<sup>5</sup> y en su teoría general le da al dinero un lugar muy importante en la determinación del empleo y de la producción.

Su cuestionamiento a la teoría neoclásica reside en el papel que ésta le asigna al dinero, ya que allí no se hace ninguna distinción entre la forma en que funciona una economía de trueque y una economía monetaria. En el modelo de equilibrio general walrasiano, la unidad de cuenta puede ser cumplida por cualquier bien y no considera al dinero como depósito de valor.

El dinero es introducido por la teoría clásica como un dispositivo eficiente para eliminar la necesidad de que exista una doble coincidencia de demandas (necesarias para el trueque). Con un concepto abstracto del dinero (la teoría clásica lo consideraba como un velo neutro), los cambios en la cantidad de dinero sólo afectan los precios; la producción, el empleo y la composición del producto se determinan en el sistema de trueque (Minsky, 1987).

Contrariamente, en el análisis keynesiano el dinero no es neutro, sino que las variables reales dependen de las variables monetarias y financieras. Según su visión, el dinero desempeña tres funciones: la de medio de cambio, la de unidad de cuenta y la de reserva de valor; esta última la de mayor importancia para él. Las personas pueden acumular valor atesorando dinero, prestándolo (por lo cual obtienen una tasa de interés) o bien invirtiéndolo en algún tipo de bien de capital (por lo cual esper-

<sup>5</sup> De hecho, su obra más importante anterior a la *Teoría General* fue *Treatise on money*, sobre teoría y política monetaria.

arían obtener ganancias). Dado que por atesorar dinero no se obtiene ni interés ni beneficios como en los otros casos, se preguntaba por qué causas la gente prefiere muchas veces acumular valor atesorando dinero en lugar de prestarlo o invertirlo. Su respuesta: por ser la forma más segura de acumular riqueza en situaciones en que el futuro es incierto. Si el futuro fuera perfectamente predecible, no tendría sentido acumular riqueza en forma de dinero.

Sin embargo, este deseo de acumular valor en forma de dinero, que Keynes llama *preferencia de liquidez*, no es absoluto sino que puede revertirse si se paga un premio en forma de interés. Cuanto mayor es la preferencia de liquidez de la gente, más alta es la tasa de interés que hay que pagar para que se desprenda de su dinero.

A su vez, cuando la tasa de interés aumenta, muchos emprendimientos (inversiones) que podrían realizarse a tasas de interés menores no se realizarán; por lo cual tiende a disminuir la demanda efectiva y consecuentemente a producirse desempleo.

La noción del interés como recompensa por no atesorar dinero rompe con la idea vigente en la teoría neoclásica, que consideraba al interés como una recompensa al ahorro, es decir, una recompensa por posponer consumo presente, más que un premio por la cesión de liquidez.

En su análisis plantea que el dinero no es neutro y demuestra que las variables reales dependen de manera esencial de las variables monetarias y financieras, y también que el nivel de precios no depende única, y ni siquiera principalmente, de la cantidad de dinero (Meller, 1986).

Según Dillard (1948), un examen detenido de la teoría de Keynes indicaría que la explicación teórica fundamental del desempleo se encuentra analizando las propiedades peculiares del dinero y el interés. Keynes sostiene que, en ausencia de dinero o de cualquier forma de riqueza con las propiedades convencionales del dinero, el sistema económico tendería a la autoadaptación al punto de pleno empleo.

Sin embargo, desde el punto de vista de la política práctica, concede aún más importancia como determinante del desempleo a las variaciones en la demanda efectiva, y en particular a la inestabilidad en la demanda de bienes de capital (inversión).

### *La demanda efectiva*

La *Teoría General* cuestiona el olvido de la función de demanda global en la teoría clásica (criticando particularmente la ley de Say) y busca reincorporar en la teoría económica la centralidad de la demanda global:

En la economía ricardiana, que sirve de base a lo que se nos ha enseñado por más de un siglo, es esencial la idea de que podemos desdeñar impunemente la función de demanda global. Su teoría no fue aceptada sólo por la City, los estadistas y el mundo académico, sino que la controversia se detuvo y el punto de vista contrario desapareció completamente y dejó de ser discutido. El gran enigma de la demanda efectiva, con el que Malthus había luchado, se desvaneció de la literatura económica (Keynes, 1970, cap. 3).

Según Hansen (1962), la revalorización de la demanda no hubiera sido posible “si no se hubiera evolucionado hacia una nueva forma de ver los factores que determinan la demanda global para la producción” y cita como antecedentes los trabajos de Wicksell (1898), Tugan-Baranowsky (1901) y Spietohoff (1902).

Según Keynes, la demanda efectiva (D) está constituida por la suma de dos cantidades: la demanda de bienes de consumo que se espera va a gastar la comunidad (D1) y la demanda de la comunidad de bienes de inversión (D2).

¿Cómo afecta la demanda efectiva al volumen de empleo?

La cantidad de empleo (N) que los empresarios deciden utilizar depende –en el nivel global– del nivel de la demanda efectiva. Podemos decir que una demanda efectiva insuficiente generalmente hará que la producción encuentre un equilibrio antes que se alcance el nivel de ocupación plena.

La propensión a consumir y el coeficiente de inversión nueva determinan, entre ambos, el volumen de ocupación, y éste está ligado únicamente a un nivel determinado de salarios reales –no al revés. Si la propensión a consumir y el coeficiente de inversión nueva se traducen en una insuficiencia de la demanda efectiva, el volumen real de ocupación se reducirá hasta quedar por debajo de la oferta de mano de obra potencialmente disponible al actual salario real, y el salario real de equilibrio será mayor que la desutilidad marginal del nivel de equilibrio de la ocupación (Keynes, 1970, cap. 3).

Es decir que el desempleo sería generado por una demanda efectiva insuficiente como para provocar un volumen de producción que necesite el pleno empleo de la mano de obra disponible.

La división de la demanda global en gastos de consumo y gastos de inversión con el propósito de analizar el ingreso representaron una revolución en el pensamiento de la época.

### *La función de consumo*

Williams (1972) sostiene que la ley keynesiana de propensión al consumo es el rasgo nuevo más importante y controvertido de su teoría. También Hansen (1962) postula que la función de consumo es la contribución más notable de Keynes. Los supuestos de que el consumo depende del ingreso y que existe una relación estable entre ambas variables, de manera que la función consumo pueda determinarse como un dato del sistema y emplearse como base de política económica, es la esencia de la teoría económica keynesiana.

Keynes plantea que la relación que existe en el nivel macroeconómico entre el consumo y el ingreso de la comunidad depende de las propensiones psicológicas de los consumidores más los tipos de conducta institucional de la comunidad (principalmente de las empresas). Estos tipos de conducta implican una brecha –que se amplía en términos absolutos a medida que el ingreso real crece– entre la cantidad que la comunidad desea consumir y la producción que la comunidad es capaz de producir.



Es decir que el aumento en el consumo es menor que el aumento del ingreso, y esto se debe tanto a factores objetivos (exógenos o externos al sistema económico) como subjetivos (endógenos).

Los factores subjetivos se refieren tanto a comportamientos psicológicos de las personas como a prácticas e instituciones sociales, especialmente la normas de las empresas respecto del pago de salarios y dividendos, y los dispositivos sociales tales como los que afectan la distribución del ingreso. Estos factores determinan tanto la posición como la inclinación de la función de consumo.

Keynes enumera ocho motivos que “impulsan a los individuos a abstenerse de gastar sus ingresos”: reservas para contingencias imprevistas, provisión para necesidades futuras previstas, deseo de disfrutar de un ingreso futuro mayor, disfrute de un sentido de independencia y del poder de hacer cosas, asegurarse dinero para realizar proyectos especulativos o de negocios, legar una fortuna y, para alguna gente, satisfacer la pura avaricia.

Los factores subjetivos también se aplican a los patrones de conducta de las empresas y de los organismos gubernamentales: el deseo de expansión de las empresas, de hacer frente a las emergencias con éxito (liquidez), el deseo de demostrar que la administración tiene éxito (ingresos en aumento) y la prudencia financiera, es decir, el deseo de asegurar una reserva financiera adecuada para depreciaciones y pago de deudas.

Estos factores son relativamente estables: “si bien no son inalterables, no presentan probabilidades de sufrir un cambio sustancial en períodos cortos, excepto en circunstancias anormales o revolucionarias” (Keynes, 1970, cap. 9).

En cuanto a los factores objetivos, Keynes enumera seis que pueden –bajo ciertas circunstancias– provocar cambios sustanciales en la función de consumo: los cambios en el nivel de salarios (y de precios), los cambios en las prácticas contables respecto de la depreciación, las pérdidas o ganancias imprevistas, los cambios en la política fiscal, los cambios en las previsiones y los cambios sustanciales en la tasa de interés (Keynes, 1970, cap. 8).

En síntesis, la propensión a consumir no puede variar a no ser por cambios sustanciales en los factores objetivos, tales como previsiones originadas por acontecimientos poco comunes (guerras, terremotos, huelgas, revoluciones), cambios importantes en la estructura impositiva, y/o pérdidas y ganancias imprevistas excepcionales.

¿Cómo se relaciona esto con el volumen de empleo? En palabras de Keynes: “si no ocurren cambios en la propensión a consumir, la ocupación no puede aumentar, a menos que al mismo tiempo los gastos de inversión crezcan en tal forma que llene la diferencia creciente entre la oferta del producto y los gastos en consumo” (Keynes, 1970, cap. 8).

Para Keynes este análisis daba una explicación a la paradoja de la pobreza en medio de la abundancia:

cuanto más rica sea la comunidad, mayor tenderá a ser la distancia que separa su producción real de la potencial y, por lo tanto, más obvios y atroces los defectos del sistema económico; porque una comunidad pobre estará propensa a consumir la mayor parte de su producción, de manera que una inversión modesta será suficiente para lograr la ocupación plena; en tanto que una comunidad rica tendrá que descubrir oportunidades de inversión mucho más amplias para que la propensión a ahorrar de sus miembros más opulentos sea compatible con la ocupación de los más pobres (Keynes, 1970, cap. 3).

### *La propensión marginal a consumir y el multiplicador*

Keynes expresa que “en circunstancias dadas, puede establecerse una relación definida, que llamaremos multiplicador, entre los ingresos y la inversión y, sujeta a ciertas simplificaciones, entre la ocupación total y la ocupación directamente dedicada a inversiones” (Keynes, 1970, cap. 10).

La importancia de la relación de un incremento de la inversión a un incremento del ingreso ya había sido ampliamente reconocida en la literatura sobre el ciclo económico, particularmente por Tugan-Baranowsky y Wicksell, pero sólo se establecía la tendencia, mientras que a partir de Keynes (y sobre todo de Kahn) se aborda el problema con instrumentos de análisis más precisos (Hansen, 1962).

Según Keynes, el concepto del multiplicador fue primeramente introducido en la teoría económica por R. F. Kahn en 1931. El multiplicador de Kahn (Keynes lo llama el multiplicador de la ocupación) buscaba determinar qué cantidad de ocupación secundaria o inducida se crearía ante un incremento de la ocupación primaria en ramas de actividad que requirieran inversión (por ejemplo, si el gobierno incrementara la ocupación en obras públicas).

Por su parte, el *multiplicador de inversión* de Keynes ( $k$ ) nos indica que, “cuando existe un incremento en la inversión total, el ingreso aumentará en una cantidad que es  $k$  veces el incremento de la inversión” (Keynes, 1970, cap. 10).

La clave del problema es la propensión marginal a consumir: el multiplicador ( $k$ ) es grande o pequeño si la propensión marginal a consumir es grande o pequeña, respectivamente.

Si la propensión marginal a consumir no está lejos de la unidad, las pequeñas fluctuaciones en la inversión producirán grandes fluctuaciones en la ocupación. Si por otra parte, la propensión marginal a consumir no está muy por encima de cero, las pequeñas fluctuaciones en la inversión ocasionarán las correspondientes pequeñas fluctuaciones en la ocupación. En la realidad, la propensión marginal a consumir parece encontrarse comprendida entre ambos extremos, aunque mucho más cerca de la unidad que de cero (Keynes, *Teoría general*, cap. 10).

Keynes define la propensión marginal a consumir como la variación en el consumo ante una variación en el ingreso ( $\frac{dC}{dY}$ ) y la considera de fundamental importancia “porque nos dice cómo se dividirá el siguiente incremento de la producción entre

consumo e inversión ( $dY = dC + dI$ , donde  $dC$  e  $dI$  son los incrementos del consumo y la inversión); de manera que podemos escribir:

$dY = k \cdot dI$ , en donde  $1 - \frac{1}{k}$  es igual a la propensión marginal a consumir” (Keynes, 1970, cap. 10).

Siguiendo a Kahn, Keynes analiza las “filtraciones” que impiden que un incremento de la ocupación primaria conduzca a un nuevo incremento de la ocupación (secundaria) y así sucesivamente hasta alcanzar la ocupación plena. Entre ellas se destaca la consideración de que el gasto en importaciones no ayuda a la ocupación interna, sino a la del país productor de los bienes consumidos importados: “en un sistema abierto, con relaciones de comercio exterior, parte del multiplicador de la inversión acrecentada beneficiará a la ocupación en países extranjeros” (Keynes, 1970, cap. 10).

El análisis de Keynes y Kahn logró explicar los límites al proceso de multiplicación, y la clave se encontró en la propensión marginal a consumir: si es cero, no habrá proceso de multiplicación; pero si contrariamente alcanza la unidad, el proceso de multiplicación continuará indefinidamente. El multiplicador era mucho más pequeño que lo que suponían los reformadores norteamericanos, que patrocinaban planes de gasto en dinero consistentes en papel sellado al principio de la gran depresión, pero bastante mayor de lo que pensaron los críticos del *New Deal*, para quienes su efecto se limitaba a la ocupación inicial (Hansen, 1962).

### *Los determinantes de la inversión*

Dillard (1948) reconoce como fundamental la distinción keynesiana entre consumo e inversión y afirma que el nivel de esta última es el factor determinante del empleo. “Para utilizar al máximo las fábricas que ya existen, tenemos que seguir construyendo nuevas fábricas. De otro modo, no se gastará en nuestra sociedad, con su desigualdad característica en la distribución de la renta, dinero suficiente para mantener en funcionamiento las fábricas antiguas” (Dillard, 1948).

Si se reconoce que la inversión es el factor determinante del nivel de empleo, y si se puede mantener un nivel elevado de inversión, se podrá tener un alto nivel de empleo. Entonces aparece como relevante averiguar qué determina un nivel de inversión notablemente inferior al necesario para una situación de pleno empleo.

Para determinar el volumen de inversión, Keynes propone comparar la eficacia marginal del capital ( $r$ ) con la tasa de interés del mercado ( $i$ ): “la tasa de inversión será empujada hasta aquel punto de la curva de demanda de inversión en que la eficacia marginal del capital en general sea igual a la tasa de interés de mercado” (Keynes, 1970, cap. 11).

¿Qué es la eficacia marginal del capital?

La eficacia marginal del capital ( $r$ ) es la tasa de descuento que iguala el valor actual de las anualidades, dadas por los rendimientos esperados, con el costo del bien de capital.

Siendo  $R_1 + R_2 + R_3 + \dots + R_n$  la serie de los rendimientos anuales esperados, o rendimiento probable de la inversión, y  $Cr$  el costo de reposición del bien de capital, tenemos que:

$$Cr = \frac{R_1}{1+r} + \frac{R_2}{(1+r)^2} + \frac{R_3}{(1+r)^3} + \dots + \frac{R_n}{(1+r)^n}$$

Dicho de otra manera, la inversión se llevará a cabo hasta que la serie de los rendimientos anuales esperados (descontados al presente) sea igual al costo de reposición del bien de capital. En caso de que sea menor que dicho costo, no habrá inversión en el bien considerado.

Keynes luego discute ambigüedades en torno a la utilización indistinta de los conceptos “productividad marginal del capital”, “rendimiento marginal del capital”, “eficacia marginal del capital” y “utilidad marginal del capital”. Hansen (1962) postula que no tiene gran importancia cuál término se emplea y que Keynes elige la “eficacia marginal del capital” para designar la tasa de rendimiento sobre el costo.

Es importante destacar que la eficacia marginal del capital se define en términos de expectativa del *rendimiento probable*, es decir, de lo que se espera obtener y no del resultado histórico de lo que una inversión ha rendido sobre su costo original:

la expectativa del futuro influye sobre el presente principalmente a través de este factor (mucho más que a través de la tasa de interés). El error de considerar la eficacia marginal del capital principalmente en términos del rendimiento corriente del equipo de producción—lo cual sólo sería correcto en la situación estática en que no hubiera cambios futuros que influyeran sobre el presente— ha dado por resultado la rotura del eslabón teórico entre el presente y el futuro (Keynes, 1970, cap. 11).

Y es justamente en esa relación entre el presente y el futuro que Keynes basa su teoría acerca de las decisiones de inversión de los agentes económicos.

### *La percepción del futuro y su importancia en la determinación del nivel de inversión*

La mayoría de las decisiones de los agentes económicos están relacionadas con el futuro. Las decisiones de inversión son un claro ejemplo al respecto. En el modelo neoclásico tradicional se supone que los agentes tienen un conocimiento perfecto del futuro, por lo cual toman decisiones de inversión teniendo la certeza de lo que va a ocurrir.

Contrariamente, para Keynes la inversión varía principalmente debido a la incertidumbre acerca del futuro. Las decisiones que tienen que tomar los potenciales inversores se basan en un conocimiento incierto de lo que va a pasar: “el hecho más destacable es lo extremadamente precario de las bases de conocimiento en que han

de basarse nuestros cálculos de los rendimientos probables. Nuestro conocimiento de los factores que regirán el rendimiento de una inversión en los años venideros próximos es frecuentemente muy ligero (liviano) y a menudo desdeñable” (Keynes, 1970, cap. 12).

O sea que el conocimiento acerca del futuro por parte de los agentes económicos es vago, incierto y fluctuante; no se basa en hechos objetivos, sino en los *animal spirits* de los empresarios y en las creencias de la población.

La prosperidad económica depende excesivamente del ambiente político y social que agrada al tipo medio del hombre de negocios. Al calcular las posibilidades de inversión debemos tener en cuenta, por lo tanto, los nervios y la histeria, y aun la digestión o reacciones frente al estado del tiempo, de aquellos de cuya actividad espontánea depende principalmente. No debemos deducir de esto que todo depende de oleadas de psicología irracional. Al contrario, el estado de expectativa a largo plazo es con frecuencia firme y, aun cuando no lo sea, los otros factores ejercen efectos compensadores. Estamos simplemente acordándonos de que las decisiones humanas que afectan al futuro, ya sean personales, políticas o económicas, no pueden depender de la expectativa matemática estricta, desde el momento en que las bases para realizar semejante cálculo no existen; y que es nuestra inclinación natural a la actividad la que hace girar las ruedas, escogiendo nuestro ser racional entre las diversas alternativas la mejor que puede, calculando cuando hay oportunidad, pero con frecuencia hallando motivos en el capricho, el sentimentalismo o el azar (Keynes, 1970, cap. 12).

También señala el *estado de confianza* como un factor principal en las decisiones de inversión, mediante su influencia sobre la eficiencia marginal del capital. “El estado de expectativa a largo plazo que sirve de base a nuestras decisiones depende, por tanto, no sólo de los pronósticos más probables que podríamos realizar, sino también de la confianza con que hagamos la previsión —de qué magnitud estimamos la probabilidad de que nuestro mejor pronóstico sea por completo equivocado—” (Keynes, 1970, cap. 12).

Keynes diferencia entre riesgo e incertidumbre: en los juegos de azar se puede evaluar, previa y precisamente, las probabilidades de los diferentes eventos posibles, por lo cual se puede estimar el riesgo de cada decisión; sin embargo, en el caso de los eventos económicos futuros, no existe procedimiento que permita asignarles probabilidades de ocurrencia, ya que van a estar determinados por hechos inciertos y únicos tales como guerras, innovación tecnológica, nuevos inventos, etcétera.

En consecuencia, los inversores confían en el juicio de la mayoría, lo que Keynes llama “juicios convencionales”, porque aceptan la convención de la mayoría en ausencia de un conocimiento genuino. La esencia de una convención:

está en suponer que la situación existente en los negocios continuará por tiempo indefinido, excepto cuando tengamos razones concretas para esperar una modificación. Esto no quiere decir que en realidad creamos en la situación indefinida del estado actual de los negocios [...] estamos suponiendo que la valuación existente en el mercado, independientemente de cómo se ha llegado a ella, es correcta únicamente en relación con

nuestro conocimiento actual de los hechos que influirán sobre el rendimiento de la inversión; y que sólo cambiará en proporción a las variaciones en dicho conocimiento” (Keynes, 1970, cap. 12).

Estos juicios dan estabilidad en cuanto la convención es aceptada; pero cuando sucede algún hecho que muestra que el comportamiento ha sido erróneo, se produce un cambio violento (todos los nuevos juicios se mueven en el mismo sentido). Contraría así la teoría neoclásica que argumenta que las decisiones de inversionistas pesimistas se contrastan con aquellas de inversionistas optimistas.

### *La cuestión salarial en la Teoría General* *Las modificaciones de los salarios nominales*

Keynes plantea que la teoría clásica supone que la flexibilidad de salarios le da al sistema económico un mecanismo de ajuste que tiende siempre hacia la ocupación plena:

El argumento consiste sencillamente en que una reducción en los salarios nominales estimulará, *ceteris paribus*, la demanda al hacer bajar el precio de los productos acabados, y aumentará, por tanto, la producción y la ocupación hasta el punto en que la baja que los obreros han convenido aceptar en sus salarios nominales quede compensada precisamente por el descenso de la eficiencia marginal del trabajo a medida que se aumente la producción (procedente de un equipo dado) (Keynes, 1970, cap. 19).

Keynes niega este análisis y plantea la idea de que una reducción en los salarios nominales de una empresa y/o industria en particular reduce los costos y provoca un aumento en la ocupación, siempre que ese proceso no afecte significativamente la demanda de sus productos.

Pero ¿qué sucede si disminuyen todos los salarios nominales de la economía?

¿Afecta esto a la demanda global de la economía?

¿Se reducirá la demanda en un mismo nivel que los salarios nominales, dejando invariable el nivel de ocupación?

Keynes plantea que la transferencia del análisis de la empresa/rama de industria particular a la industria en su conjunto es una falacia, “porque las curvas de demanda para industrias concretas sólo pueden trazarse partiendo de algunos supuestos fijos respecto de la naturaleza de las curvas de demanda y oferta de otras industrias y al monto de demanda global efectiva” (Keynes, 1970, cap. 19).

De esta manera,

si no se permite a la teoría clásica extender sus conclusiones por analogía, de la industria en particular a la industria (economía) en su conjunto, es completamente incapaz de contestar a la pregunta relativa a qué efectos producirá sobre la ocupación una baja de los salarios nominales, porque carece de método de análisis con que abordar el problema (Keynes, 1970, cap. 19).

En cambio, su reflexión parte de reformular la siguiente pregunta: ¿puede una reducción en los salarios nominales aumentar la ocupación sin variar (*ceteris paribus*) la propensión a consumir de la comunidad, la curva de eficiencia marginal del capital y la tasa de interés?

Su respuesta es negativa, y la justifica así:

porque hemos demostrado que el volumen de ocupación está ligado en una sola forma con el de demanda efectiva, medida en unidades de salarios, y que siendo ésta la suma del consumo probable y de la inversión esperada, no puede cambiar si la propensión a consumir, la curva de eficiencia marginal del capital y la tasa de interés permanecen todas invariables (Keynes, 1970, cap. 19).

De esta manera, analiza el efecto de una reducción en los salarios nominales examinando sus posibles efectos sobre estos tres elementos.

1. Una baja de los salarios nominales reduce los precios y provoca una redistribución de los ingresos:
  - a) desde quienes reciben salarios hacia otros factores cuya remuneración no haya sido reducida, y
  - b) desde los empresarios hacia los rentistas. Esta redistribución tiende a reducir la propensión a consumir de la comunidad en su conjunto y, por lo tanto, a disminuir la demanda global en una cierta proporción, en relación con la baja de salarios.
2. Si se trata de un sistema no cerrado y la baja de los salarios nominales se produce con relación a los salarios que rigen en el exterior, el cambio será favorable a la inversión, ya que tenderá a aumentar el saldo de la balanza comercial.
3. En el caso de un sistema no cerrado, es probable que la baja de los salarios nominales, aunque aumente el saldo de la balanza comercial, empeore la relación de intercambio y reduzca los ingresos reales.
4. Si se espera que la baja de los salarios nominales sea relativa a los salarios del futuro, el cambio será favorable a la inversión, ya que aumentará la eficiencia marginal del capital y, al bajar los costos unitarios, esto puede ser favorable el consumo. Si, contrariamente, la expectativa es de una reducción mayor en el futuro, los efectos serán los contrarios.
5. Una baja de los salarios nominales acompañada por un descenso en los precios y en los ingresos monetarios contrae la necesidad de efectivo para consumo y para negocios, lo que a su vez disminuye la preferencia por liquidez de la comunidad y reduce la tasa de interés y, por lo tanto, es favorable a la inversión.
6. Una baja de los salarios nominales encontrará una resistencia mayor por parte de los trabajadores que si se produjera un descenso gradual y automático de los salarios reales como resultado de un alza de precios.
7. Si la baja de los salarios nominales y los precios es fuerte (la depresión del descenso de precios compensa el optimismo de la baja salarial), los empresarios fuertemente endeudados pueden llegar pronto al límite de la insolvencia, con una disminución severa de la inversión.

Para Keynes, si se limita el análisis a un sistema cerrado, la nueva distribución de los ingresos reales no mejorará la propensión de la comunidad a gastar (sino todo lo contrario); en consecuencia, un resultado favorable de la baja salarial sobre el nivel de empleo debería provenir o bien de un aumento en la eficacia marginal del capital (punto 4), o bien de una menor tasa de interés (punto 5).

En síntesis, la disminución de los salarios nominales puede no disminuir los salarios reales sino llegar a aumentarlos (por medio de una baja mayor en los precios), por su influencia adversa sobre el volumen de producción, y su principal resultado sería la inestabilidad de precios, con la consecuente incertidumbre sobre la actividad económica.

De esta manera, según afirma Keynes, el mantenimiento de un nivel estable de salarios nominales es la política más aconsejable para un sistema cerrado. Cierta flexibilidad salarial en determinadas ramas de actividad sirve si facilita las transferencias de trabajadores desde las ramas en decadencia hacia las que van en auge.

Esta política implica una mayor estabilidad de precios (que la de salarios flexibles), dado que éstos sólo cambiarían como respuesta a los cambios en el volumen de ocupación sobre los costos primos marginales.

### *Los salarios como unidad de medida*

Las variables del sistema de Keynes presentadas en la *Teoría general* (ingreso, inversión, oferta de dinero) están medidas en unidades de salario. Para Keynes, la “unidad de salario” es la tasa de salario nominal pagada por una unidad de trabajo común. Cuando se trata de trabajo especial se lo pondera proporcionalmente a su remuneración; es decir, una hora de trabajo especial remunerada al doble del trabajo común se contará por dos.

La adopción de esta unidad de medida hace que Keynes discrepe con los economistas neoclásicos en que la cantidad de dinero determina el nivel general de precios (teoría cuantitativa) y que en su lugar proponga una causalidad inversa. Es decir, los movimientos en los salarios monetarios implican movimientos en los precios que, a su vez, hacen necesario aumentar la cantidad de dinero para que sea posible realizar las transacciones a un mayor valor monetario.

Tomar los salarios monetarios como unidad de cuenta tiene ciertas implicancias, entre las cuales parece importante remarcar el hecho de que un aumento en los salarios monetarios abarca un aumento general de los precios, pero permanecen inalterados los precios relativos y los salarios reales. De manera que una baja en los salarios monetarios no mejora la situación del empleo, sólo se traslada a una baja de precios.

Sin embargo, Keynes no abundó sobre las causas que provocarían una variación alcista en la unidad de salarios, probablemente debido al hecho de que la inflación no era un problema en su época. Por ello es que las versiones más conocidas del modelo IS-LM suponen precios monetarios fijos.



Según Hansen (1962), el análisis de Keynes no hubiera variado en el caso de haber adoptado un índice de precios para deflacionar, en lugar de usar la unidad de salario, dado que su objetivo era solamente reducir las magnitudes nominales (monetarias) a términos reales. Según este autor, es un asunto que no tiene mayor importancia.

### *5. Síntesis de la teoría keynesiana del empleo*

El propio Keynes resume en 8 puntos lo esencial de su *Teoría general* del empleo:

1. Los ingresos, tanto nominales como reales, dependen del volumen del empleo  $N$ , dados un estado general de las técnicas (que determina en buena medida la productividad) y el costo de los factores de producción.
2. La relación que existe en el nivel macroeconómico entre el consumo  $D_1$  y el ingreso  $Y$  de la colectividad depende de la propensión a consumir, es decir  $C/Y$ , que se explica por una ley psicológica. Si la propensión fuera estable, el consumo sólo dependería del monto del ingreso global  $y$ , por lo tanto, del nivel de empleo  $N$ , y sería  $D_1 = g(N)$ .
3. El volumen global de empleo  $N$  que los empresarios deciden utilizar depende en el nivel global de  $D_1$  (demanda de bienes de consumo que se espera va a gastar la colectividad) y  $D_2$  (demanda de la colectividad para la reproducción simple y ampliada de bienes de inversión).  $D_1 + D_2$  constituyen la demanda efectiva  $D$ .
4.  $D_1 + D_2 =$  es igual a  $D$ ,  
 $D = Z = f(N)$   
 Si  $D_1 = x(N)$ , es decir que depende de la propensión marginal a consumir.  
 $D_2 = D - D_1$   
 $D_2 = f(N) - x(N)$ , es decir que la demanda de inversiones es igual a la diferencia entre la oferta global y la demanda de bienes de consumo, que a su vez depende de la propensión marginal a consumir.
5. En consecuencia, el volumen de equilibrio del empleo depende de 3 funciones:
 

- una función de la oferta global	$f(N)$
- la propensión a consumir	$x$
- la magnitud de la inversión	$D_2$
6. Si crece el volumen de empleo, va a crecer  $D_1$  según el nivel del salario real, pero crecerá en una menor proporción que  $D$ . Cuanto más crezca el empleo, más se ampliaría la brecha entre  $Z$  y  $D_1$ . Si la propensión a consumir disminuye, el empleo sólo podría crecer si aumenta  $D_2$ , es decir, la demanda de inversiones. Sin embargo, afirma Keynes, se puede llegar a un equilibrio en el mercado de bienes sin que haya pleno empleo.

A todo volumen de empleo  $N$  corresponde un rendimiento marginal en las industrias que producen los bienes de consumo de los asalariados. El volumen  $N$  de empleo no puede superar la cifra para la cual el salario real cae al nivel, o queda por debajo, de la desutilidad marginal del trabajo.

7. No puede existir, según la teoría clásica, un equilibrio estable salvo, que el juego de la competencia entre las empresas lleve el volumen del empleo  $N$  a su valor máximo, es decir, cuando la demanda global  $D$  es igual a la oferta global  $f(N)$ .
  8. Cuando el nivel de empleo se eleva, el gasto en consumo  $D1$  se eleva también, pero no en la misma proporción que la demanda efectiva  $D$ .
- Como síntesis de lo anterior, Keynes plantea que

cuando la ocupación crece,  $D1$  aumenta pero no tanto como  $D$ ; ya que cuando el ingreso sube, el consumo también lo hace pero menos. La clave de nuestro problema práctico se encuentra en esta ley psicológica, ya que cuanto mayor sea el volumen de ocupación, más grande será la diferencia entre el precio de oferta global ( $Z$ ) del producto correspondiente y la suma ( $D1$ ) que los empresarios esperan recuperar con los gastos de los consumidores. Por lo tanto, si no ocurren cambios en la propensión a consumir, la ocupación no puede aumentar, a menos que al mismo tiempo  $D2$  crezca en tal forma que elimine la diferencia creciente entre  $Z$  y  $D1$ . Por consiguiente, el sistema económico puede encontrar un equilibrio estable con  $N$  en un nivel inferior a la ocupación completa, es decir, en el nivel dado por la intersección de la función de demanda global y la función de oferta global, excepto en los supuestos especiales de la teoría clásica, de acuerdo con los cuales actúa alguna fuerza que, cuando la ocupación aumenta, siempre hace que  $D2$  suba lo suficiente para cubrir la distancia creciente que separa a  $Z$  de  $D1$  (Keynes, 1970, cap. 3).

## *6. ¿Mercado de trabajo o teoría del empleo?*

¿Los salarios y el empleo se determinan en el mercado de trabajo tal como supone la teoría clásica?

En el marco teórico neoclásico, se habla de la oferta y demanda de trabajo, donde los asalariados son los oferentes y los empleadores los demandantes. El salario real equilibraría las cantidades ofertadas y demandadas y representaría un precio: el precio del trabajo o de la fuerza de trabajo.

Por el contrario, para Keynes no existe un verdadero mercado de trabajo en el sentido en que lo entendían los clásicos, el problema se plantea en términos de empleo y de puestos de trabajo a proveer. Los empleadores son los que crean los empleos, ellos tienen la iniciativa en cuanto al número de empleos en función de su objetivo, que es maximizar sus beneficios, y de la demanda prevista, es decir, de la demanda de bienes de consumo y de inversión que se espera gaste la comunidad.

Por otra parte, para que el salario sea un precio, sería necesario que el trabajo fuera una verdadera mercancía, es decir, un valor de uso producido con vistas a la venta y que diera lugar a un beneficio. Pero como para Keynes el trabajo no puede considerarse, el salario no es entonces realmente su precio. Éste está fijado exógenamente por los convenios colectivos de trabajo (CCT) y presenta dos características: es un salario monetario y no un salario real; es un adelanto sobre el valor monetario descontado de la producción que se decide realizar en función de la demanda efectiva.

En segundo lugar, para Keynes el salario se fija independientemente del volumen de empleo, porque en el momento de firmarse los CCT no se toma en cuenta el volumen del empleo para determinar el nivel del salario monetario. No hay entonces una relación directa, causal o funcional, entre salario y cantidad de empleo, como sucede en el caso de los precios de los bienes.

Por esa causa es que Keynes no aceptaba la propuesta neoclásica de bajar los salarios nominales para reducir el desempleo. Si bajan los salarios, los empleadores no van a tomar por esa causa más personal cuando ya tienen toda la mano de obra necesaria para el volumen de producción establecido por la demanda efectiva. Los salarios no son fijados por el mercado, dice Keynes, sino que se establecen por medio de los convenios colectivos (CCT) y según el poder y la presión que ejerzan las organizaciones sindicales: están fijados y codificados socialmente.

Sin embargo, podría pensarse que sólo es así en apariencia, dado que la relación asalariado-empedor podría ser vista como una relación de intercambio entre trabajo y moneda, donde el trabajo sería la mercancía cuyo precio es el salario.

A diferencia de los bienes, por naturaleza móviles, la mano de obra no es fácilmente desplazable entre regiones y ramas de actividad en función del salario ofrecido. Con frecuencia, son los empleadores –vía la demanda– quienes determinan el nivel de la oferta de fuerza de trabajo, cuestionando así el principio fundamental de la teoría clásica de la independencia de las curvas de oferta y demanda.

Los empleadores crean los empleos según el volumen de producción que deciden llevar a cabo, y sobre el valor anticipado de la producción hacen un adelanto de la masa salarial que corresponde a ese número de empleos y a la tasa de salario fijada desde fuera del mercado por los CCT o por las instituciones. Los asalariados que aceptan ocupar esos puestos, según las tasas de salarios fijados, reciben su parte de este avance, es decir, una parte anticipada del ingreso global que les corresponde. Pero el monto de ese ingreso se fija sin tener en cuenta directamente el volumen de la creación de empleos.

Según Barrère (1983), para Keynes el mercado de trabajo no sería sino una ficción teórica, generada por la necesidad de buscar una interpretación de conjunto de los fenómenos en términos del intercambio, según las reglas de la oferta y la demanda. Por eso en la teoría “clásica” se ha tratado la asignación de recursos en trabajo como si se tratara de cualquier otro recurso, considerando la existencia de un mercado de trabajo, de igual manera que hay un mercado de bienes, de capital y de moneda. Eso significaría que es el asalariado quien tendría la iniciativa del intercambio, ofreciendo su trabajo al empresario que lo demanda, y las variaciones del salario real equilibrarían las ofertas y las demandas en el nivel de pleno empleo, por el juego de las leyes económicas enunciadas por Walras y Say.

Para Keynes, el salario real no puede determinar el nivel de empleo, pues esto último depende del volumen de la producción, que a su vez es determinada por la demanda efectiva. Para que el salario determinara el nivel de empleo, los asalariados

y los empleadores deberían conocer el salario real que correspondería a la productividad marginal en el momento de establecer las CCT, lo cual resulta imposible.

En síntesis, lo que habitualmente se denomina “mercado de trabajo” según la teoría clásica no tiene entonces para Keynes el estatuto teórico de un verdadero mercado, ya que el trabajo no es un bien producido en una unidad productiva (sino en la familia) ni una mercancía, cuyo volumen se pueda regular instantáneamente y a voluntad, ya sea para aumentar o para disminuir las cantidades que se venden en el mercado.

### *7. Las implicancias de la teoría keynesiana sobre las políticas de empleo*

Las políticas de empleo que derivan del razonamiento neoclásico consistirían en reducir el desempleo friccional, disminuir la desutilidad marginal del trabajo para que entonces descienda el desempleo voluntario, y centralmente reducir la tasa de salarios nominales, llevando los reales al punto considerado de equilibrio.

Frente al pensamiento dominante en su época, Keynes busca resolver problemas concretos relevantes a partir de su enfoque teórico, orientados básicamente a absorber el desempleo involuntario que se había incrementado como consecuencia de la gran crisis de los años treinta.

Para ello propone intervenir sobre el nivel de demanda agregada, principalmente incrementando la inversión, para que a su vez aumenten la producción y el empleo, con lo cual se incrementarían los ingresos de la comunidad y el consumo; consecuentemente, crecería la demanda efectiva y de nuevo finalmente el empleo por el efecto del multiplicador.

Para que eso suceda se requiere una intervención activa del Estado, no sólo mediante el manejo de la tasa de interés:

Soy ahora un poco escéptico respecto del éxito de una política puramente monetaria dirigida a influir sobre la tasa de interés. Espero ver al Estado, que está en situación de poder calcular la eficiencia marginal de los bienes de capital a largo plazo sobre la base de la conveniencia social general, asumir una responsabilidad cada vez mayor en la organización directa de las inversiones, ya que probablemente las fluctuaciones en la estimación del mercado de la eficiencia marginal de las diferentes clases de capital, calculadas en la forma descrita antes, serán demasiado grandes para contrarrestarlas con alguna modificación factible de la tasa de interés (Keynes, 1970, cap. 12).

Frente a la objeción de que si se relanza la economía por un aumento del consumo o de la inversión se puede generar o incrementar la inflación, él contestaba que eso sería válido solamente a partir del momento en que se llegara al pleno empleo:

cuando se alcanza la plena ocupación, cualquier intento de aumentar la inversión pondrá en movimiento una mayor tendencia de los precios a subir sin limitación, independiente-

mente de la propensión marginal a consumir, esto es, nos encontramos frente a un estado de inflación verdadera. En esta situación, sin embargo, el crecimiento de los precios irá acompañado de un aumento en el ingreso global real (Keynes, 1970, cap. 10).

En síntesis, Keynes propone aumentar conjuntamente el nivel de inversión y de consumo (la propensión de la comunidad a consumir) para así aumentar la producción y consecuentemente la ocupación:

El Estado tendrá que ejercer una influencia orientadora sobre la propensión a consumir, a través de su sistema de impuestos, fijando la tasa de interés y, quizás, por otros medios. Por otra parte, parece improbable que la influencia de la política bancaria sobre la tasa de interés sea suficiente por sí misma para determinar otra de inversión óptima. Creo, por tanto que una socialización bastante completa de las inversiones será el único medio de aproximarse a la ocupación plena; aunque esto no necesita excluir cualquier forma, transacción o medio por los cuales la autoridad pública coopere con la iniciativa privada (Keynes, 1970, cap. 12).

No es de vital importancia determinar en qué debe invertir el Estado; lo que cuenta para Keynes es el hecho mismo de invertir<sup>6</sup> para así comenzar el círculo virtuoso de aumento sucesivo en consumo-demanda-producción-empleo-ingreso.

Si la Tesorería se pusiera a llenar botellas viejas con billetes de banco, las enterrara a profundidad conveniente en minas de carbón abandonadas, que luego se cubrieran con escombros de la ciudad, y dejara a la iniciativa privada, de conformidad con los bien experimentados principios del *laissez faire*, el cuidado de desenterrar nuevamente los billetes, no se necesitaría que hubiera más desocupación y, con ayuda de las repercusiones, el ingreso real de la comunidad y también su riqueza de capital probablemente rebasarían en buena medida su nivel actual. Claro está que sería más sensato construir casas o algo semejante; pero si existen dificultades políticas y prácticas para realizarlo, el procedimiento anterior sería mejor que no hacer nada (Keynes, 1970, cap. 10).

Pero Keynes no propone un sistema de “socialismo de Estado” que abarque la mayor parte de la vida económica, sino que conserva la idea de que el mercado cumple eficazmente la tarea de asignar recursos: “no es la propiedad de los medios de producción la que conviene al estado asumir. Si éste es capaz de determinar el monto global de los recursos destinados a aumentar esos medios y la tasa de remuneración de quienes los poseen, habrá realizado todo lo que corresponde” (Keynes, 1970).

En el mismo sentido argumenta que

una vez que los controles centrales logran establecer un volumen global de producción correspondiente a la ocupación plena tan aproximadamente como sea posible, la teoría “clásica” vuelve a cobrar fuerza de aquí en adelante. Si damos por sentado el volumen de

<sup>6</sup> Keynes utiliza el término “gastos de préstamos” para incluir la inversión pública financiada con préstamos particulares y cualquier otro gasto público corriente que se financie por el mismo procedimiento.

la producción, es decir que está determinado por fuerzas exteriores al esquema clásico de pensamiento, no hay objeciones que oponer contra su análisis de la manera en que el interés personal determinará lo que se produce, en qué proporciones se combinarán los factores de la producción con tal fin y cómo se distribuirá entre ellos el valor del producto final.

En los años treinta, la idea de socialismo aparecía como una de las soluciones a la crisis, aunque muchos intelectuales (economistas) con simpatías por el socialismo se oponían al totalitarismo instaurado en la Rusia de J. Stalin. De esta manera, escriben acerca del socialismo de mercado y de diversos sistemas mixtos que combinaban la socialización de diferentes aspectos de la economía con la propiedad e iniciativa privadas. En este contexto se encuentra la perspectiva de Keynes.

Minsky (1987) plantea que, como la brecha entre el consumo de ocupación plena y la producción de ocupación plena debe llenarse, a fin de sostener la ocupación plena, o bien con gastos gubernamentales o bien con inversión privada, los gobiernos han utilizado medidas para inducir la inversión aumentando su rentabilidad. Así se ha creado una economía de ganancias elevadas y elevada inversión, que sesga la distribución de los ingresos a favor de los sectores ahorradores, política que él llama “socialismo para los ricos”.

Esta orientación práctica contrasta con la idea de Keynes, que planteaba que si la inversión privada es insuficiente para lograr la ocupación plena, entonces no es deseable aumentar su ritmo incrementando los estímulos a la inversión privada, sino que deben tomarse medidas tendientes a redistribuir los ingresos de forma que se eleve la propensión a consumir (Keynes, 1970).

Justamente, respecto de la distribución del ingreso, Keynes refuta el argumento de que la desigualdad del ingreso es necesaria para promover el ahorro y consecuentemente el crecimiento de la inversión: “en las condiciones contemporáneas, el crecimiento de la riqueza, lejos de depender de la abstinencia de los ricos, como generalmente se supone, tiene más probabilidades de encontrar en ella un impedimento. Queda, pues, eliminada una de las principales justificaciones de la gran desigualdad de la riqueza” (Keynes, 1970).

Keynes pensaba que socialmente resultaban aceptables moderadas diferencias de ingresos (principalmente las provenientes de la empresa, como las ganancias de capital), pero que eran indeseables e innecesarias las grandes diferencias, particularmente las provenientes de la propiedad de la riqueza (como la herencia).

Así, era de desear una tasación directa del ingreso y la herencia, a fin de aliviar la distribución del ingreso socialmente opresiva, y esa modificación de la distribución del ingreso también haría más fácil el logro y sostenimiento de la ocupación plena (Minsky, 1987).

Keynes no fue el único economista de su época en proponer la intervención del Estado para adecuar la demanda agregada, pero sí fue el único en marcar la inconsistencia de esta propuesta con la teoría económica entonces vigente. Para sostener esta política era necesario plantear un esquema teórico diferente.

En décadas posteriores, los economistas keynesianos propusieron que el gobierno utilizara políticas discrecionales contracíclicas para que la economía evolucione establemente, frente a la propuesta monetarista de reglas permanentes para la política monetaria, fiscal, cambiaria, etcétera. Su idea es que la política discrecional es superior a las reglas permanentes, ya que permite un mejor uso de la nueva información disponible, es decir, permite una respuesta flexible a medida que se obtiene nueva información.

En líneas más generales, lo que se discute es el papel del Estado en la economía. La concepción keynesiana plantea que el sistema económico capitalista es típicamente inestable, dado que no existe un mecanismo automático que elimine los desequilibrios en los mercados de bienes y de factores. Por ello es necesario que el Estado intervenga en la economía, mediante el estímulo de la demanda agregada, para que ésta alcance su posición de equilibrio, adonde es incapaz de llegar por sí misma.

## 8. *El aporte de Keynes y su cuestionamiento*

Keynes fue en el siglo XX, principalmente mediante la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, el economista que más influyó sobre el pensamiento de numerosos colegas y políticos. Muchos economistas enfrentados en un principio a su *Teoría general* se han adherido posteriormente a sus ideas. Y la influencia del pensamiento de Keynes en la política económica es más asombrosa aún: prácticamente todos los países capitalistas centrales aplicaron ideas keynesianas luego de la crisis de los años treinta y especialmente en el período que va desde la posguerra hasta mediados de la década de los setenta.

Entre sus aportes principales está el de haber estudiado de manera integrada los mercados de bienes y servicios, de trabajo y de dinero. La teoría económica prekeynesiana aceptaba que en el nivel macro un aumento en la cantidad de dinero implicaba un aumento del nivel de gastos de la economía; sin embargo, en el nivel micro, planteaban que las cantidades demandadas y ofrecidas eran sólo función de precios relativos. Entonces, ¿cómo el incremento en la cantidad de dinero se traducía en un aumento en el nivel de gastos de los agentes económicos? Según Keynes, en una economía monetaria las variaciones en la cantidad de dinero producen cambios monetarios (en pesos) en los precios de bienes y activos, lo que se traduce en cambios en los precios relativos.

La teoría general de Keynes articuló la teoría de la producción con la teoría sobre la moneda, superando la dicotomía clásica entre la economía real y la economía monetaria. De acuerdo con Davidson (1980), el cuestionamiento de la existencia de esta dicotomía constituye el aporte central de Keynes.

La conclusión principal de Keynes, según Eisner (1985), es que una economía competitiva moderna no puede, con o sin salarios y precios rígidos, mantener el pleno empleo. De la misma manera ella no sería capaz, en un plazo razonable, de corregir los desvíos respecto del pleno empleo, si alguna vez eso fuera posible (Eisner, 1985).

Algunos economistas, como Guy Caire (2001) entre otros, han criticado a Keynes porque asumió la primera de las hipótesis de los economistas clásicos y sólo abandonó la segunda.

La primera hipótesis, referida a la equivalencia entre el salario real y la productividad marginal del trabajo, es actualmente muy cuestionada porque existen muchas dificultades para poder hacer su cálculo y obstaculiza que los empresarios puedan comparar la productividad entre diversos trabajadores, sobre todo antes de que éstos empiecen a trabajar. Además existe una circularidad de razonamiento en la propia construcción del producto marginal del trabajo que es criticable: se acepta que el producto marginal del trabajo, medido monetariamente, representa la curva de demanda de trabajo y resulta de multiplicar productividades marginales físicas (derivadas de la función de producción) por precios. A su vez, los precios dependen del valor de los salarios. Por lo tanto, dado que los precios dependen de los salarios, no pueden ingresar en la función de demanda de trabajo con el propósito de determinar (junto con la oferta de trabajo) el valor del salario.

Keynes reacciona contra el pensamiento clásico ortodoxo, pero pone un límite a su crítica de la teoría económica vigente, ya que manifiesta que

si nuestros controles centrales logran establecer un volumen global de producción correspondiente a la ocupación plena, la teoría clásica vuelve a cobrar fuerza de aquí en adelante [...]. Fuera de la necesidad de controles centrales para lograr el ajuste entre la propensión a consumir y el aliciente para invertir, no hay más razón para socializar la vida económica que la que existía antes.

Según Sweezy (1972), el aporte de Keynes fue el de “reformular la teoría económica neoclásica poniéndola de nuevo en contacto con la realidad de la que había ido apartándose progresivamente”. Este autor considera a Keynes como el producto más importante e ilustre de la escuela neoclásica, lo cual explica (el hecho de ser un neoclásico) que nunca pudiera superar las limitaciones de dicho enfoque:

Keynes, al igual que los economistas que criticó, jamás consideró al sistema en su totalidad, jamás consideró a la economía en su marco histórico, jamás apreció la interconexión entre los fenómenos económicos por un lado y tecnológicos, políticos y culturales por el otro. Además ignoró la existencia de un importante cuerpo de pensamiento que intentaba llevar a cabo esta labor. Para Keynes, Marx habitaba un bajo mundo teórico junto con personajes de tan dudosa genialidad como Silvio Gesell y el mayor Douglas (Sweezy, 1972).

En la misma línea, Ackley (1961) afirma que “la obra de Keynes representa más una extensión que una revolución de las ideas (neo)clásicas y que la oleada de trabajos poskeynesianos ha llevado a la macroeconomía mucho más allá de la marca más alta alcanzada por el gran aporte del propio Keynes”.

Autores como Lekachman (1972) y el mismo Ackley (1961) se preguntan hasta qué punto las ideas de Keynes no fueron más que una reformulación de viejas teorías que encontraron una anhelante recepción en medio de una profunda recesión económica.



El propio Keynes señala: “en el momento actual, la gente está excepcionalmente deseosa de un diagnóstico más fundamental, más particularmente dispuesta a recibirlo; ávida de ensayarlo, con tal que fuera por lo menos verosímil” (Keynes, 1970, cap.12).

En esta línea se argumenta que la hipótesis keynesiana de ahorro-inversión tiene antecedentes claros en la obra de Knut Wicksell y la escuela de Estocolmo; las diferentes variedades de ahorro e inversión fueron previamente tratadas por Sir Denis Robertson. John A. Hobson había anticipado que el equilibrio de subempleo era posible y corriente. La eficacia marginal del capital fue tratada previamente por Irving Fisher y el multiplicador fue invención del compañero de Keynes en Cambridge, R. F. Kahn (Lekachman, 1972).

La conclusión de este autor es que “el triunfo de Keynes y su ruptura con el pasado consiste en que sus conclusiones se aplican con precisión a los sistemas económicos que conocemos, y no a los sistemas económicos que a menudo los economistas han creado en sus libros” (Lekachman, 1972).

### *Referencias bibliográficas*

- ACKLEY, G. (1961), *Teoría macroeconómica*, Nueva York, Macmillan.
- BARRÈRE, A. (1983), “Deséquilibres économiques et contre-revolution keynésienne”, en *Keynes: seconde lecture*, París, Economica.
- CAIRE, G. (2001), *Economie du travail*, París, Amphi Economie, Bréal.
- CARCIOFI, R. (1986), *Salarios y política económica*, Buenos Aires, CEPAL-IDES.
- DAVIDSON, Paul (1980), “The dual faceted nature of the Keynesian revolution: the role of money and money wages in determining unemployment and production flow prices”, en *Journal of Post Keynesian Economics*, spring.
- DE BRUNHOFF, S. (1985), “La critique keynésienne du laissez faire”, en: Alain BARRÈRE (coord.), *Keynes aujourd’hui: théories et politiques*, París, Economica.
- DILLARD, D. (1948), *La teoría económica de John Maynard Keynes*, Madrid, Aguilar.
- DILLARD, D. (1985), “La demande effective et la théorie monétaire de l’emploi”, en: Alain BARRÈRE (coord.), *Keynes aujourd’hui: Théories et politiques*, París, Economica.
- EISNER, R. (1985), “Chômage keynésien, prix et effets de richesse de la dette publique”, en: Alain BARRÈRE (coord.), *Keynes aujourd’hui: Théories et politiques*, París, Economica.
- GALBRAITH, J. K. (1991), *Historia de la economía*, Barcelona, Ariel.
- GUILLEMIN, H. y M. MOULE (1993), *Le marché du travail. Salaires et emploi dans les théories économiques*, París, Collection Axes, Eyrolles.
- HANSEN, A. (1962), *Guía de Keynes*, México, Fondo de Cultura Económica.
- HOBBSAWM, E. (1996), *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica.
- KEYNES, J. M. (1970), *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, México, Fondo de Cultura Económica.
- KEYNES, J. M. (1926), *La fin du laissez faire*, París, Payot.
- LEKACHMAN, R. (comp.) (1972), *Crítica de la economía clásica*, Barcelona, Ariel.

- MALINVAUD, E. (1983), *Essais sur la theorie du chômage. Perspectives de l'économie, économie contemporaine*, París, Calman-Levy.
- MELLER, P. (1986), "Keynesianismo y monetarismo: discrepancias metodológicas", en *Desarrollo Económico*, núm. 103, vol. 26, Buenos Aires.
- MINSKY, H. P. (1987), *Las razones de Keynes*, México, Fondo de Cultura Económica.
- PIGOU, A. C. (1927), "Wage policy and unemployment", en *Economic Journal*, núm. 37.
- PIGOU, A. C. (1927), *Industrial Fluctuations*, Londres, Macmillan y Co.
- PIGOU, A. C. (1933), *Theory of Unemployment*, Londres, Macmillan y Co.
- ROBINSON, J. (1959), *Ensayos de economía poskeynesiana*, México, Fondo de Cultura Económica.
- SINGER, P. (1976), "Elementos para una teoría del empleo aplicable a países subdesarrollados", en *El empleo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores.
- STANKIEWICZ, F. (1984), *Economie du chômage et de l'emploi*, París, Cujas.
- SWEEZY, P. (1972), "El aporte de Keynes al análisis del capitalismo", en *Crítica de la economía clásica*, Barcelona, Ariel.
- WILLIAMS, J. (1972), "Acerca de la originalidad de Keynes", en *Crítica de la economía clásica*, Barcelona, Ariel.
- WALRAS, L. (1952), *Elements d'économie politique pure*, París, LGDJ.